

El extraordinario auge de la lingüística en las últimas décadas es un fenómeno afortunado que merece la mayor atención. No sólo se multiplica el caudal de datos disponible, continuando los esfuerzos fundadores del siglo pasado, sino que la agudeza de los análisis y reinterpretaciones y la magnitud de las visiones sintéticas han dilatado el ámbito de la lingüística hasta ponerlo en contacto fecundo con otras disciplinas.

El profesor Benveniste ha estado siempre atento a las tendencias e interpretaciones de la lingüística general y en numerosos artículos las ha sometido a juicios certeros. La presente obra recoge una selección de trabajos en los más diversos rumbos de la lingüística, y al lado de libros más sistemáticos ayudará a adquirir idea justa del estado actual de esta ciencia. Ya se trate de resumir el logro clásico de F. de Saussure, de indagar hasta dónde puede hablarse de lenguaje en los animales, de interpretar la forma verbal del perfecto, de seguir el rastro a la palabra "civilización", de examinar las pretensiones de alguna "filosofía del lenguaje" o de desmenuzar una incursión freudiana por el campo de la lengua, el profesor Benveniste luce una erudición, una sobriedad y una claridad rigurosa que cualquier lector serio puede disfrutar y a las que la lingüística actual debe mucho, hoy que ha llegado a ser la más madura de las llamadas ciencias del hombre.

problemas de lingüística general I émile benveniste

19a. edición


siglo
veintiuno
editores

MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

400

B478



52071


siglo
veintiuno
editores

CAPÍTULO XIII

ESTRUCTURA DE LAS RELACIONES DE PERSONA EN EL VERBO ¹

El verbo es, con el pronombre, la única especie de palabras que está sometida a la categoría de la persona. Pero el pronombre tiene tantos otros caracteres que le pertenecen propiamente y exhibe relaciones tan diferentes, que requeriría un estudio independiente. Aunque utilizando llegado el caso los pronombres, es sólo la persona verbal la que consideraremos.

En todas las lenguas que poseen un verbo, se clasifican las formas de la conjugación según su referencia a la persona, la enumeración de las personas constituye propiamente la conjugación; y se distinguen tres, en singular, en plural, eventualmente en dual. Es notorio que esta clasificación procede de la gramática griega, donde las formas verbales flexionadas constituyen πρόσωπα, *personae*, "figuraciones" bajo las cuales se realiza la noción verbal. La serie de los πρόσωπα o *personae* suministra en cierta manera un paralelo a la de los πτώσεις o *casus* de la flexión nominal. En la nomenclatura gramatical de la India, la noción se expresa también mediante los tres *puruṣa* o "personas", denominados respectivamente *prathamapuruṣa*, "primera persona" (= nuestra 3ª pers.), *madhyamapuruṣa*, "persona intermedia" (= nuestra 2ª pers.), y *uttamapuruṣa*, "última persona" (= nuestra 1ª pers.); realizan la misma serie, pero en orden inverso; la diferencia está fijada por la tradición, los gramáticos griegos citaban los verbos en la 1ª persona, los de la India en la 3ª.

Tal como la elaboraron los griegos para la descripción de su lengua, esta clasificación es admitida aun hoy no sólo como verificada por todas las lenguas dotadas de un verbo, sino como natural e inscrita en el orden de las cosas. Resume, en las tres relaciones que instituye, el conjunto de las posiciones que determinan una forma verbal provista de un índice personal, y vale para el verbo de no importa cuál lengua. Así que siempre hay tres personas y no

¹ *Bulletin de la Société de Linguistique*, XLIII (1946), fasc. 1, núm. 126.

hay más que tres. No obstante, hay que denunciar el carácter sumario y no lingüístico de una categoría así planteada. Al ordenar en un orden constante y en un plano uniforme "personas" definidas por su sucesión y referidas a esos seres que son "yo" y "tú" y "él", no se hace sino trasponer a una teoría pseudolingüística diferencias de naturaleza léxica. Estas denominaciones no nos instruyen ni acerca de la necesidad de la categoría, ni sobre el contenido que implica ni a propósito de las relaciones que reúnen las diferentes personas. Hay pues que averiguar cómo se opone cada persona al conjunto de las demás, y en qué principio se funda su oposición, en vista de que no podemos llegar a ellas si no es por lo que las diferencia.

Se plantea una cuestión previa: ¿puede existir un verbo sin distinción de persona? Esto equivale a preguntarse si la categoría de la persona es de veras necesaria y congenial con el verbo o si constituye solamente una modalidad posible, realizada las más de las veces, mas no indispensable, como pasa después de todo con tantas categorías verbales. La verdad es que pueden hallarse —si bien los ejemplos escasean— lenguas en que la expresión de la persona es susceptible de faltar en el verbo. Así, en el verbo coreano, según Ramstedt, "the grammatical 'persons'... have no grammatical distinction in a language where all forms of the verb are indifferent to person and number" (G. J. Ramstedt, *A Korean Grammar*, p. 61). Es un hecho que las principales distinciones verbales del coreano son de orden "social"; las formas están diversificadas en extremo de acuerdo con el rango del sujeto y del interlocutor, y varían según se hable a un superior, a un igual o a un inferior. El hablante se borra y prodiga las expresiones impersonales; por no subrayar indiscretamente la relación de las posiciones, se conforma a menudo con formas indiferenciadas en cuanto a la persona, que sólo el sentido aguzado de las conveniencias permite entender correctamente. No obstante, no habría que hacer lo que Ramstedt, quien erige la costumbre en regla absoluta; primero, porque el coreano posee una serie completa de pronombres personales que pueden intervenir, y esto es esencial; por añadidura porque, inclusive en las frases que cita, la ambigüedad no es la que pudiera creerse.² Así *pogatta*, "I shall see; you will see;

² Me he cerciorado interrogando al señor Li-Long-Tseu, coreano culto y lingüista, a quien debo las rectificaciones que siguen. En la transcripción del coreano reproduzco su pronunciación.

he will see; one can see; one is to see" (Ramstedt, p. 71), significa generalmente "yo veré"; y "tú verás" se dice *porida*. La frase *i banyin yo so hagani-wa tasi-nan haži ani hagetta* (no: *hagesso*), "this time I forgive you, but I shall not forgive you again" (*ibid.*, p. 97), significa más bien, remplazando *hagetta* por *handa*: "(Advierto que) él te perdona esta vez, pero no te perdonará otra", pues el tema nominal y abstracto *hagi* no conviene en lo más mínimo a la 1ª persona. Efectivamente, hay que comprender *i san- son yl mækkani-wa irham yn mollasso*, "although I eat this fish, I don't know its name" (*ibid.*, p. 96), pero sustituyendo *mollaso* por *mollatti* la frase estaría en 2ª sing.: "aunque tú comes este pescado, tú no sabes su nombre". Igualmente la frase *ilbon e sardaga pyon yl edesso*, "I lived in Japan and I got this sickness" (*ibid.*, p. 98), significará: "tú has pescado esta enfermedad..." remplazando *edesso* por *odokasso*. Todas estas restricciones de uso, y si es preciso el empleo de pronombres, contribuyen a introducir variaciones de persona en un verbo en principio indiferenciado. En las lenguas paleosiberianas, de acuerdo con R. Jakobson (*American Anthropologist*, XLIV [1942], p. 617), las formas verbales del guiliaco no distinguen en general ni persona ni número, pero los modos "neutros" oponen la primera a la no-primer persona del singular; otras lenguas del mismo grupo no distinguen tampoco más que dos personas: ora, como en yucaguir, se funden la primera y la segunda, ora, como en ket, la primera y la tercera. Pero todas estas lenguas poseen pronombres personales. En suma, no parece que se conozca una lengua dotada de un verbo en que las distinciones de persona no se marquen de una u otra manera en las formas verbales. Puede pues concluirse que la categoría de la persona pertenece por cierto a las nociones fundamentales y necesarias del verbo. Se trata de una verificación que nos basta, pero cae por su peso que la originalidad de cada sistema verbal a este respecto deberá ser estudiada por su lado.

Una teoría lingüística de la persona verbal no puede constituirse más que sobre el fundamento de las oposiciones que diferencian las personas; y se resumirá por entero en la estructura de dichas oposiciones. Para sacarla en claro podrá partirse de las definiciones que emplean los gramáticos árabes. Para ellos, la primera persona es *al-mutakallimu*, "el que habla"; la segunda *al-muḥāṭabu*, "al que se dirige uno"; pero la tercera es *al-yā'ibu*, "el que está ausente". En

estas denominaciones está implicada una noción justa de las relaciones entre las personas; justa sobre todo por revelar la disparidad entre la 3ª persona y las dos primeras. Al contrario de lo que nuestra terminología haría creer, no son homogéneas. Es lo primero que hay que sacar a luz.

En las dos primeras personas hay a la vez una persona implicada y un discurso sobre esta persona. "Yo" designa al que habla e implica a la vez un enunciado a cuenta de "yo": diciendo "yo" no puedo no hablar de mí. En la 2ª persona, "tú" es necesariamente designado por "yo" y no puede ser pensado fuera de una situación planteada a partir de "yo"; y, al mismo tiempo, "yo" enuncia algo como predicado de "tú". Pero de la 3ª persona, un predicado es enunciado, sí, sólo que fuera de "yo-tú"; de esta suerte tal forma queda exceptuada de la relación por la que "yo" y "tú" se especifican. En este punto y hora la legitimidad de esta forma como "persona" queda en tela de juicio.

Estamos aquí en el meollo del problema. La forma llamada de 3ª persona trae consigo por cierto una indicación de enunciado sobre alguien o algo, mas no referido a una "persona" específica. El elemento variable y propiamente "personal" de semejantes denominaciones falta aquí. Se trata en efecto del "ausente" de los gramáticos árabes. No presenta sino el invariante inherente a toda forma de una conjugación. La consecuencia debe ser formulada netamente: la "3ª persona" no es una "persona"; es incluso la forma verbal que tiene por función expresar la *no-persona*. A esta definición responden: la ausencia de cualquier pronombre de la 3ª persona, hecho fundamental, que basta con recordar, y la situación muy particular de la 3ª persona en el verbo de la mayoría de las lenguas, de la que ofreceremos algunos ejemplos.

En semítico, la 3ª sg. del perfecto no tiene desinencia. En turco, de manera general, la 3ª sg. tiene marca cero, frente a la 1ª sg. *-m* y la 2ª sg. *-n*; así en el presente durativo de "amar": 1. *sev-iyor-um*, 2. *sev-iyor-sun*, 3. *sev-iyor*; o en el pretérito determinado: 1. *sev-di-m*, 2. *sev-di-n*, 3. *sev-di*. En finougrio, la 3ª sg. representa el tema desnudo: ostiaco 1. *eutlem*, 2. *eutlen*, 3. *eutl*; en la conjugación subjetiva de "escribir" en húngaro: 1. *ír-ok*, 2. *ír-sz*, 3. *ír*. En georgiano, en la conjugación subjetiva (única en que intervenga exclusivamente la consideración de la persona como sujeto), las dos primeras personas, a más de sus desinencias, se caracterizan por prefijos: 1. *v-*; 2. *h-*, pero la 3ª sg. no tiene más que desinencia. En caucásico del

nordeste (abjz y cherqués, en particular) los índices personales son para las dos primeras personas de forma constante y regular, pero para la 3ª hay gran número de índices y no pocas dificultades. El dravidiano emplea para la 3ª sg. —a diferencia de las dos primeras— una forma nominal de nombre de agente. En esquimal, W. Thalbitzer señala bien el carácter no personal de la 3ª sg.: "Of a neutral character, lacking any mark of personality, is the ending of the third person singular *-oq* . . . which quite agrees with the common absolute ending of the noun . . . These endings for the third person indicative must be regarded as impersonal forms: *kapiwoq* 'there is a stab, one is stabbed'" (*Handb. of Amer. Ind. Lang.*, I, pp. 1032, 1057). En todas aquellas lenguas amerindias en que el verbo funciona por desinencias o por prefijos personales, esta marca suele faltar en la 3ª persona. En burushaski, la 3ª sg. de todos los verbos está sometida a los índices de las clases nominales, en tanto que las dos primeras escapan a ello (Lorimer, *The Burushaski Language*, I, p. 240, § 269). . . Sin el menor esfuerzo se encontrarían hechos parecidos, en cantidad, en otras familias de lenguas. Los que acabamos de citar bastan para poner de realce que las dos primeras personas no están en el mismo plano que la tercera, que ésta siempre es tratada diferentemente y no como una verdadera "persona" verbal y que la clasificación uniforme en tres personas paralelas no conviene al verbo de estas lenguas.

En indoeuropeo, la 3ª sg. anómala del lituano testimonia en el mismo sentido. En la flexión arcaica del perfecto, si se analizan en sus elementos las desinencias 1. *-a*, 2. *-tha*, 3. *-e*, se obtiene: 1. *-ð₂e*, 2. *-tð₂e*, en oposición a 3. *-e* que funciona como desinencia cero. Si se considera en el plano sincrónico, fuera de cualquier referencia a la frase nominal, el futuro perifrástico sánscrito 1. *kartásmi*, 2. *kartási*, 3. *kartá*, se observa el mismo desacuerdo entre la 3ª persona y las dos primeras. Tampoco es fortuito que la flexión de "ser" en griego moderno oponga a las dos primeras, *εἶμαι* y *εἶσαι*, una 3ª persona *εἶναι* común al singular y al plural y que tiene estructura distinta. Inversamente, la diferencia puede manifestarse por una forma de 3ª sg., única marcada: así inglés (*he*) *loves* frente a (*I, you, we, they*) *love*. Hay que reflexionar sobre todos estos hechos concordantes para discernir la singularidad de la flexión "normal" en indoeuropeo, por ejemplo la del presente atemático *es-mi*, *es-si*, *es-ti* de tres personas simétricas: lejos de representar un tipo constante y necesario, es, en el seno de las lenguas, una anomalía. La 3ª persona ha sido conformada a las dos primeras, por razones de simetría y porque toda

forma verbal indoeuropea tiende a poner de realce el índice de sujeto, único que puede manifestar. Tenemos aquí una regularidad de carácter extremo y excepcional.

Se sigue que, muy generalmente, la persona no es propia sino de las posiciones "yo" y "tú". La 3ª persona es, en virtud de su estructura misma, la forma no-personal de la flexión verbal.

De hecho, sirve siempre cuando la persona no es designada y notablemente en la expresión denominada impersonal. Topamos aquí con la cuestión de los impersonales, viejo problema y debate estéril en tanto se persiste en confundir "persona" y "sujeto". En *ŕei, tonat, it rains*, es por cierto como no-personal como es narrado el proceso, en tanto que puro *fenómeno*, cuya producción no es referida a un agente; y las locuciones *Ζεὺς ῥει* son, a no dudarlo, recientes y de algún modo racionalizadas al revés. La autenticidad de *ŕei* está en que enuncia positivamente el proceso como desarrollándose fuera del "yo-tú", únicos que indican personas.

En efecto, una característica de las personas "yo" y "tú" es su *unicidad* específica: el "yo" que enuncia, el "tú" a quien "yo" se dirige son cada vez únicos. Pero "él" puede ser una infinidad de sujetos —o ninguno. Por eso el *je est un autre* —"yo es otro"— de Rimbaud proporciona la expresión típica de lo que es propiamente la "enajenación" mental, donde el yo es despojado de su identidad constitutiva.

Otra característica es que "yo" y "tú" son inversibles: aquel que "yo" define como "tú" se piensa y puede invertirse a "yo", y "yo" se vuelve un "tú". Ninguna relación parecida es posible entre una de estas dos personas y "él", puesto que "él" en sí designa específicamente nada y nadie.

Por último, hay que adquirir cabal conciencia de esta particularidad: que la "tercera persona" es la única por la que una cosa es predicada verbalmente.

Así que no hay que representarse la "3ª persona" como una persona apta para despersonalizarse. No hay aféresis de la persona, sino exactamente la no-persona, poseedora, como marca, de la ausencia de lo que califica específicamente al "yo" y el "tú". Por no implicar persona alguna, puede adoptar no importa qué sujeto, o no tener ninguno, y este sujeto, expresado o no, no es jamás planteado como "persona". Este sujeto no hace sino agregar en *aposición* una precisión juzgada necesaria para la inteligencia del contenido, no para la determinación de la forma. Así, *volat avis* no significa "el

pájaro vuela", sino "vuela, (scil.) el pájaro". La forma *volat* se basta a sí misma y, aunque no personal, incluye la noción gramatical de sujeto. Igual proceden el náhuatl o el chinook, que incorporan siempre el pronombre sujeto (y también eventualmente el pronombre régimen) a la forma verbal, siendo tratados los sustantivos sujeto y régimen como aposiciones; chinook *tgiǵénxaute ikanāte temewālema*, "los espíritus vigilan el alma", lit. "ellos la vigilan (*tgi*, "they it"), el alma (*ikanāte*), los espíritus (*t-mewālema*)" (cf. Boas, *Hdb. of Amer. Ind. Lang.*, I, p. 647). Todo lo que está fuera de la persona estricta, es decir fuera del "yo-tú", recibe como predicado una forma verbal de la "3ª persona" y no puede recibirlo de otra.

Esta posición tan particular de la 3ª persona explica algunos de sus empleos particulares en el dominio de la "palabra". Puede afectársela a dos expresiones de valor opuesto. *Él* (o *ella*) puede servir de forma de alocución ante alguien que está presente cuando quiere sustraerse a la esfera personal del "tú". Por una parte, a manera de reverencia: es la forma de cortesía (empleada en italiano, en español, en alemán, o en las formas de "majestad") que eleva al interlocutor por encima de la condición de persona y de la relación de hombre a hombre. Por otra parte, en testimonio de desprecio, para rebajar a quien no merece que se dirija uno "personalmente" a él. De su función de forma no-personal, la "3ª persona" extrae esta aptitud de volverse tanto una forma de respeto, que hace de un ser mucho más que una persona, como una forma de ultraje que puede aniquilarlo en tanto que persona.

Se ve ahora en qué consiste la oposición entre las dos primeras personas del verbo y la tercera. Se oponen como los miembros de una correlación, que es la *correlación de personalidad*: "yo-tú" posee la marca de persona; "él" está privado de ella. La "3ª persona" tiene por característica y por función constantes representar, al respecto de la forma misma, un invariante no-personal, y nada sino eso.

Pero si "yo" y "tú" están uno y otro caracterizados por la marca de persona, se aprecia bien que a su vez se oponen uno al otro, en el interior de la categoría que constituyen, por un rasgo cuya naturaleza lingüística debe ser definida.

La definición de la 2ª persona como aquella a la que la primera se dirige, conviene sin duda a su empleo más ordinario. Pero ordinario no quiere decir único y constante. Puede usarse la 2ª persona fuera de la alocución y hacerla entrar en una variedad de "impersonal". Por ejemplo, *vous* funciona en francés como anafórico de *on*

(p. ej.: *on ne peut se promener sans que quelqu'un vous aborde*). En más de una lengua, *tú* sirve de sustituto al francés *on*: lat. *memoria minuitur nisi eam exerceas; crederes*, "se creería"; gr. *εἶποις ἄν*, "se diría"; gr. mod. *λές*, "se dice", *πᾶς*, "se va"; en ruso, en locuciones formularias o proverbiales: *govoriš s nim — on ne slušaet*, "se le habla, no escucha"; *podumaes čto on bolen*, "se creería que está enfermo" (Mazon, *Gramm. russe*, § 157). Es preciso, y basta, representarse una *persona* distinta del "yo" para que se le afecte el índice "tú". Así toda *persona* que uno se represente es de la forma "tú", muy particularmente —pero no necesariamente— la *persona* interpelada. El "tú" puede pues definirse como "la persona no-yo".

Hay así ocasión de verificar una oposición de "persona-yo" a "persona no-yo". ¿Sobre qué fundamento se establece? A la pareja *yo/tú* pertenece en propiedad una correlación especial, que llamaremos, a falta de otra cosa, *correlación de subjetividad*. Lo que diferencia "yo" de "tú" es primeramente el hecho de ser, en el caso de "yo", *interior* al enunciado y *exterior* a "tú", pero *exterior* de una manera que no suprime la realidad humana del diálogo; pues la 2ª persona de los empleos citados en ruso, etc., es una forma que presume o suscita una "persona" ficticia y con ello instituye una relación vivida entre "yo" y esta cuasi-persona; por lo demás, "yo" es siempre *trascendente* en relación con "tú". Cuando salgo de "yo" para establecer una relación viva con un ser, encuentro o planteo por necesidad un "tú", que es, fuera de mí, la sola "persona" imaginable. Estas cualidades de interioridad y de trascendencia pertenecen en propiedad al "yo" y se invierten en "tú". Se podrá pues definir el "tú" como la *persona no-subjetiva*, frente a la *persona subjetiva* que "yo" representa; y estas dos "personas" se opondrán juntas a la forma de "no-persona" (= él).

Parecería que todas las relaciones planteadas entre las tres formas del singular debiesen mantenerse parecidas, de ser traspuestas al plural (las formas del dual no son problema sino como dual, no como personas). Y sin embargo es bien sabido que, en los pronombres personales, el tránsito del singular al plural no implica una simple pluralización. Por añadidura, en numerosas lenguas se crea una diferenciación de la forma verbal de 1ª plur. bajo dos aspectos distintos (inclusivo y exclusivo) que denuncia una complejidad particular.

Como en el singular, el problema central es aquí el de la primera persona. El simple hecho de que palabras diferentes sean muy generalmente empleadas para "yo" y "nosotros" (y también para "tú" y

"vosotros") basta para exceptuar a los pronombres de los procedimientos ordinarios de pluralización. Hay algunas excepciones, sí, pero muy raras y parciales: por ejemplo en esquimal, del sg. *uwajja*, "yo", en el plur. *uwajut*, "nosotros", el tema es parecido y entra en una formación de plural nominal. Pero *illi*, "tú", e *ilisse*, "vosotros", ya contrasta de otra manera. De todos modos, la identidad de las formas pronominales en el singular y el plural sigue siendo la excepción. En la gran mayoría de las lenguas, el plural pronominal no coincide con el plural nominal, cuando menos tal como es representado de ordinario. Es claro en efecto que la unicidad y la subjetividad inherentes a "yo" contradicen la posibilidad de una pluralización. Si no puede haber varios "yo" concebidos por el "yo" mismo que habla, es que "nosotros" es, no ya una multiplicación de objetos idénticos, sino una *yunción* entre "yo" y "no-yo". Esta yunción forma una totalidad nueva y de un tipo particularísimo, donde los componentes no equivalen uno a otro: en "nosotros", es siempre "yo" quien predomina puesto que no hay "nosotros" sino a partir de "yo", y este "yo" somete el elemento "no-yo" en virtud de su cualidad trascendente. La presencia de "yo" es constitutiva del "nosotros".

El "no-yo" implícito y necesario en "nosotros" es notoriamente susceptible de recibir, en lenguas muy diversas, dos contenidos precisos y distintos. "Nosotros" se dice de una manera cuando es "yo + vosotros", y de otra para "yo + ellos". Son las formas inclusiva y exclusiva, que diferencian el plural pronominal y verbal de la 1ª persona en gran parte de las lenguas amerindias, australianas, en papú, en malayopolinesio, en dravidiano, en tibetano, en manchú y tungús, en nama, etc.

Esta denominación de "inclusivo" y "exclusivo" no puede tenerse por satisfactoria; descansa de hecho en la inclusión o la exclusión del "vosotros", mas por relación a "ellos", las designaciones podrían invertirse exactamente. Sin embargo, será difícil hallar términos más apropiados. De mayor importancia nos parece el análisis de esta categoría "inclusivo-exclusivo" desde el punto de vista de las relaciones de persona.

Aquí el hecho esencial que hay que reconocer es que la distinción de las formas inclusiva y exclusiva se moldea en realidad sobre la relación que planteamos entre la 1ª y la 2ª sg., y entre la 1ª y la 3ª sg., respectivamente. Estas dos pluralizaciones de la 1ª sg. sirven para conjuntar en cada caso los términos opuestos de las dos corre-

laciones que hemos deslindado. El plural exclusivo ("yo + ellos") consiste en una yunción de las dos formas que se oponen como personal y no-personal en virtud de la "correlación de persona". Por ejemplo, en siuslaw (Oregón), la forma exclusiva en el dual (-*a"xún*, -*axúá*) y en el plural (-*nxan*) consiste en la de 3ª dual (-*a"x*) y plural (-*nx*) aumentada con la final de 1ª sg. (-*n*) (cf. Frachtenberg, *Hdb. of Amer. Ind. Lang.*, II, p. 468). Por el contrario la forma inclusiva ("yo + vosotros") efectúa la yunción de las personas entre las que existe la "correlación de subjetividad". Es interesante observar que, en algonquino (fox), el pronombre independiente "nosotros" inclusivo, *ke-gunāna*, tiene el índice *ke-* de la 2ª pers. *ke-gwa*, "tú", y *ke-guwāwa*, "vosotros", en tanto que "nosotros" exclusivo, *ne-gunāna*, tiene el *ne-* de la 1ª pers. *ne-gwa*, "yo" (*Hdb.*, I, p. 817): es una "persona" la que predomina en cada una de las dos formas, "yo" en la exclusiva (implicando yunción con la no-persona), "tú" en la inclusiva (implicando yunción de la persona no-subjetiva con "yo" implícito). No es ésta sino una de las realizaciones, muy diversas, de esta pluralidad. Son posibles otras. Pero aquí se ve la diferenciación operarse en el principio mismo de la persona: en "nosotros" inclusivo que se opone a "él, ellos", es "tú" quien sobresale, en tanto que, en "nosotros" exclusivo que se opone a "tú, vosotros" es "yo" el subrayado. Las dos correlaciones que organizan el sistema de las personas en el singular se manifiestan así en la doble expresión de "nosotros".

Pero el "nosotros" indiferenciado de las otras lenguas, indoeuropeas por ejemplo, ha de ser considerado desde un punto de vista distinto. ¿En qué consiste aquí la pluralización de la persona verbal? Este "nosotros" es cosa distinta de una yunción de elementos definibles; el predominio de "yo" es aquí muy señalado, hasta el punto de que, en ciertas condiciones, este plural puede servir de singular. La razón es que "nosotros" no es un "yo" cuantificado o multiplicado, es un "yo" dilatado más allá de la persona estricta, a la vez acrecentado y de contornos vagos. De donde proceden, fuera del plural ordinario, dos empleos opuestos, no contradictorios. Por un lado, el "yo" se amplifica en "nosotros" dando una persona más considerable, más solemne y menos definida; es el "nosotros" de majestad. Por otro lado, el empleo de "nosotros" esfuma la afirmación demasiado rotunda de "yo" en una expresión más vasta y difusa: es el "nosotros" de autor o de orador. Puede pensarse asimismo explicar así las contaminaciones o encabalgamientos frecuentes

del singular y el plural, o del plural y el impersonal en el lenguaje popular o campesino: *nous*, *on va* (toscano pop. *noi si canta*), o *je sommes*, en francés del norte, hacen juego con el *nous suís* del francoprovenzal: expresiones en que se mezclan la necesidad de dar a "nosotros" una comprensión indefinida y la afirmación voluntariamente vaga de un "yo" prudentemente generalizado.

De manera general, la persona verbal en plural expresa una persona amplificada y difusa. El "nosotros" anexa al "yo" una globalidad indistinta de otras personas. En el tránsito del "tú" a "vosotros", trátese del "vosotros" colectivo o del "vos" de cortesía, se reconoce una generalización de "tú", sea metafórica, sea real, y en relación con la cual, en lenguas de cultura sobre todo occidentales, el "tú" adquiere a menudo valor de alocución estrictamente personal, y así familiar. En cuanto a la no-persona (3ª persona), la pluralización verbal, cuando no es el predicado gramaticalmente regular de un sujeto plural, cumple igual función que en las formas "personales": expresa la generalidad indecisa del *se*, del *on* francés (tipo *dicunt*, *they say* —dicen). Es la no-persona misma la que, extendida e ilimitada por su expresión, expresa el conjunto indefinido de los seres no-personales. En el verbo como en el pronombre personal, el plural es factor de ilimitación, no de multiplicación.

Así, las expresiones de la persona verbal están en su conjunto organizadas por dos correlaciones constantes:

- 1] *Correlación de personalidad*, que opone las personas *yo/tú* a la no-persona *él*;
- 2] *correlación de subjetividad*, interior a la precedente y que opone *yo* a *tú*.

La distinción ordinaria de singular y plural debe ser, si no remplazada, sí cuando menos interpretada, en el orden de la persona, por una distinción entre *persona estricta* (= "singular") y *persona amplificada* (= "plural"). Únicamente la "tercera persona", por ser no-persona, admite un verdadero plural.

Las relaciones de tiempo

Emile Benveniste
Trad. Ithalí Ramírez
Seminario de Semiótica

El conjunto de las formas personales del verbo francés está tradicionalmente repartido en un número fijo de paradigmas temporales denominados «presente», «imperfecto», «pasado definido», etc., y, éstos a su vez se distribuyen según las tres grandes cate-

gorías de tiempo: presente, pasado, futuro. Estas divisiones, cuyo principio es indiscutible, siguen estando lejos de las realidades de su uso y no son suficientes para organizarlas. No encontramos exclusivamente en la noción de tiempo el criterio que decidirá la posición o incluso la posibi-

Los paradigmas de las gramáticas hicieron pensar que todas las formas verbales extraídas del mismo tema pertenecen a la misma conjugación, en virtud de una morfología única. Las consideraciones de Benveniste proponen mostrar que la organización de los tiempos compete a principios menos evidentes y más complejos. Los tiempos de un verbo francés no se emplean como los miembros de un sistema único: se distribuyen en dos sistemas distintos y complementarios. Cada uno de ellos comprende sólo una parte de los tiempos verbales; en el uso ambos convergen y permanecen disponibles para cada locutor. Estos dos sistemas manifiestan dos planos de enunciación diferentes que denominaremos como el de la *historia* y el del *discurso*.

Paradigms of grammars have made *assume* that all verbal forms coming from the same subject belong to the same conjugation because of a similar morphology. Benveniste intends to show that organization of tenses is related to less evident and complex principles. The tenses of a verb in French are not employed as elements of a unified system: instead, they are two different and complementary systems. Each one represents only one aspect of the tenses; the use of both converges and remains available for each announcer. Both systems manifest two separate levels of the enunciation: that of history and of discourse.

el verbo francés

lidad de una forma dada en el centro del sistema verbal. ¿Cómo saber, por ejemplo, si *il allait sortir* [él iba a salir] pertenece o no al paradigma de *sortir* [salir]? ¿En virtud de qué clasificación temporal se deber aceptar o rechazar esto?

Si intentásemos relacionar con las divisiones temporales las oposiciones que aparecen en la estructura material de las formas verbales, encontraríamos una gran dificultad. Consideremos por ejemplo la oposición de las formas simples y de las formas compuestas en el verbo. Si hay manera de oponer *il courait* [él corría] con *il avait couru* [él había corrido], no es de ninguna manera en el mismo eje de tiempo en que *il courait* se opone a *il court* [él corre]. Y sin embargo *il a couru* [él ha corrido] es en cierto modo una forma temporal, puesto que puede equivaler a *il courut* [él corrió]. Pero *il a couru* sirve de pareja a la vez de *il court*. Las relaciones de las formas compuestas con el tiempo son todavía ambiguas. Ciertamente se puede transferir la distinción de las formas simples y compuestas al «aspecto», pero no se sacaría nada en claro, pues éste tampoco proporciona un principio unívoco de correlación de un tipo de formas al otro, y el hecho sigue siendo que, a pesar de todo, algunas formas compuestas pueden considerarse temporales; sólo algunas.

Se trata entonces de buscar en un examen sincrónico del sistema verbal en francés mo-

derno las relaciones que organicen las diversas formas temporales. Gracias a lo que parece ser una falla en este sistema, distinguiremos mejor la naturaleza real de las articulaciones. Hay un punto en que el sistema se torna indebidamente redundante: es la expresión temporal del «pasado», que dispone de dos formas: *il fit* [él hizo] e *il a fait* [él ha hecho]. En la interpretación tradicional, éstas serían dos variantes de la misma forma, entre las cuales se elige, según se escriba (*il fit*) o se hable (*il a fait*).¹ Tendríamos aquí el indicio de una fase de transición donde la forma antigua (*il fit*) se mantiene en la lengua escrita, más conservadora, mientras que la lengua hablada indica de antemano la forma de sustituto (*il a fait*), concursante dispuesto, destinado a imponerse solo. Pero antes de reducir el fenómeno a los términos de un proceso de sucesión, convendría preguntarse por qué lengua hablada y lengua escrita se separarían en este punto de la temporalidad y no en otro, cómo es que la misma diferencia no se extiende a otras formas paralelas (por ejemplo, *il fera* [él hará] y *il aura fait* [él habrá hecho] permanecen absolutamente distintas, etc.), y sobre todo si la observación exacta confirma la distribución esquemática por la cual se acostumbra oponerlas. De un problema a otro, es la estructura entera del verbo la que se encuentra sometida a un nuevo examen. Nos ha parecido que la

descripción de las relaciones de tiempo constituía la tarea más necesaria.

Los paradigmas de las gramáticas hacen pensar que todas las formas verbales extraídas del mismo tema pertenecen a la misma conjugación, en virtud de una morfología única. Pero aquí proponemos mostrar que la organización de los tiempos compete a principios menos evidentes y más complejos. Los tiempos de un verbo francés no se emplean como los miembros de un sistema único; se distribuyen en *dos sistemas* distintos y complementarios. Cada uno de ellos comprende sólo una parte de los tiempos verbales; en el uso ambos convergen y permanecen disponibles para cada locutor. Estos dos sistemas manifiestan dos planos de enunciación diferentes, que distinguiremos como el de la *historia* y el del *discurso*.

La enunciación *histórica*, actualmente reservada a la lengua escrita, caracteriza el relato (*récit*) de sucesos pasados. Estos tres términos: «relato», «suceso», «pasado», deben subrayarse por igual. Se trata de los hechos sobrevenidos en cierto momento del tiempo sin intervención alguna del locutor en el relato. Para que puedan ser registrados tal como son producidos, estos hechos deben pertenecer al pasado. Sin duda sería mejor decir: desde que son registrados y enunciados en una expresión temporal histórica, se encuentran caracterizados como pasados. La intención histórica constituye en gran medida una de las grandes funciones de la lengua: imprime en ella su temporalidad específica, cuyas marcas formales debemos ahora señalar.

El plan histórico de la enunciación se reconoce porque impone una delimitación particular a las dos categorías verbales del tiempo y de la persona tomadas a la vez. Definiremos el relato histórico como el modo de enunciación que excluye toda forma lingüística «autobiográfica». El historiador nunca dirá *yo* ni *tú*, ni *aquí*, ni *ahora*, pues jamás tomará prestado el aparato formal del discurso, que comprende primeramente la relación de per-

sona *yo* : *tú*. Así, en el relato histórico sólo se constatará de manera estricta formas de «tercera persona».

De igual manera se definirá el campo de la expresión temporal. La enunciación histórica consta de tres tiempos: el aoristo (= pasado simple o pasado definido),² el imperfecto (comprendida la forma en -ría llamada condicional [en español, también denominada pospretérito]), el pluscuamperfecto [o antecopretérito]. Accesoriamente, de manera limitada, un tiempo perifrástico sustituto de futuro, que llamaremos *prospectivo*. Se excluye el presente, a excepción –muy rara– de un presente intemporal como lo es el «presente de definición».³

Para esclarecer mejor el armazón «histórico» del verbo, reproducimos a continuación tres tipos de relato tomados al azar; los dos primeros son del mismo historiador pero de distinto género, el tercero está tomado de la literatura de imaginación.⁴ Hemos subrayado las formas verbales personales, que realzan en su totalidad tiempos anteriormente mencionados.

Para convertirse en los dueños del mercado mediterráneo, los griegos *hicieron* alarde de una audacia y una perseverancia incomparables. Desde la desaparición de los marinos de Micenas, el Egeo *estaba* infestado por bandas de piratas: no *pasó* mucho tiempo desde los sidonios para osar aventurarse. Los griegos *terminaron* entonces por deshacerse de esta plaga: *dieron* casa a los espumosos de la orilla, que *debieron* transferir el teatro principal de sus hazañas al Adriático. En cuanto a los fenicios, que *habían hecho* aprovechar a los griegos su experiencia y les *habían aprendido* la utilidad comercial de la escritura, *fueron* desplazados de las costas de Jonia y expulsados de las pesquerías de los egeos; *encontraron* rivales en Chipre y hasta en sus propias ciudades. Entonces *dirigieron* la vista hacia el oeste, pero aún ahí los griegos, instalados pronta-

mente en Sicilia, *separaron* de la metrópolis oriental las colonias fenicias de España y Africa. Entre el ario y el semita, la lucha comercial sólo *debía* cesar⁵ en los mares del poniente a la caída de Cártago (G. Glotz, *Historia griega*, 1925: 225).

Cuando Solon *hubo cumplido* su misión, *hizo* jurar a los nuevos argonautas y a todos los ciudadanos someterse a sus leyes, juramento que *fue* en lo sucesivo hecho todos los años por los atenienses elevados a la mayoría cívica. Para prevenir las luchas intestinas y las revoluciones, *había prescrito* a todos los miembros de la ciudad, como una obligación correspondiente a sus derechos, colocarse en caso de disturbio en una de las partes opuestas, so pena de promover la exclusión de la comunidad: *contaba* con que al salir de la neutralidad los hombres exentos de pasión *formarían* una mayoría suficiente para detener a los perturbadores de la paz pública. Los miedos *eran* justos; las precauciones fueron vanas. Solon no *había satisfecho* ni a los ricos ni a la masa pobre y *decía* tristemente: «Cuando uno hace grandes obras, es difícil complacer a todos». ⁶ *Era* todavía argonauta cuando *se encontraba* asediado por los planes de los descontentos; una vez que *fue echado* del puesto, *se originaron* reproches y acusaciones. Solon *se defendió*, como siempre, con versos, y entonces *invocó* el testimonio de la Tierra Madre. Se le *llenaba* de insultos y burlas porque «le *había faltado* corazón» para hacerse tirano, porque *no había querido*, «para ser el maestro de Atenas, por lo menos un día, de cuya piel saliera otra y su raza fuera abolida». Rodeado de enemigos, pero resuelto a no cambiar nada de lo que *había hecho*, y creyendo que su ausencia *calmaría* a la gente, *decidió* dejar Atenas. *Viajó*, *partió* a Chipre, *fue* a Egipto, a bañarse en las fuentes de la sabiduría. Cuando *regresó*, la lucha era más fuerte que antes. Se *retiró* de la vida pública, y

enfermóse en un reposo inquieto: «*envejecía* aprendiendo siempre y mucho», sin cesar de parar la oreja a los ruidos de fuera y de prodigar advertencias de un patriotismo alarmado. Pero Solon sólo *era* un hombre; no le *correspondía* detener el curso de los sucesos. *Vivió* bastante para asistir a la ruina de la constitución que él *creía* haber afirmado y ver extenderse sobre su cara ciudad la sombra pesante de la tiranía (: 441-442).

Después de un paseo, el joven hombre *miró* el cielo y posteriormente su reloj, *hizo* un gesto de impaciencia, *entró* en una tienda y *encendió* un cigarro, se *colocó* ante un cristal y *lanzó* una mirada a su traje, un poco más adornado⁷ de lo que permitían en Francia las leyes del buen gusto. *Reajustó* su cuello y su camisa negra sobre la cual *se cruzaba* varias veces una de esas gruesas cadenas de oro fabricadas en Gênes; después, tras haber echado con un movimiento su capa de terciopelo sobre el hombro, con elegancia, *siguió* su paseo sin dejarse distraer por las miradas burguesas que *recibía*. Cuando las tiendas comenzaron a iluminarse y la noche le *pareció* bastante negra, *se dirigió* hacia la plaza del Palacio Real como un hombre que *temía* ser reconocido, pues *bordeó* la plaza hasta la fuente, para ganar el abrigo de los coches en la entrada de la calle Froidmanteau... (Balzac, *Etudes philosophiques*: Gambara).

Se ve que, en este modo de enunciación, lo efectivo y la naturaleza del tiempo siguen siendo los mismos. No hay razón alguna para que cambien tanto como siga el relato histórico, y por otro lado no hay razón para que se detenga, puesto que puede imaginarse todo el pasado del mundo como un relato continuo y que sería construido en su totalidad sobre esta triple relación temporal: aoristo, imperfecto, pluscuamperfecto. Es necesario y basta que el autor permanezca fiel a su propósito de histo-

riador y que proscriba todo lo que es extraño al relato de los sucesos (discursos, reflexiones, comparaciones). A decir verdad, incluso ya no hay ni narrador. Los sucesos son puestos como se producen, a medida que aparecen en el horizonte de la historia. Nadie habla aquí; los sucesos parecen contarse por sí solos. El tiempo fundamental es el aoristo, que es el tiempo del suceso fuera de la persona de un narrador.

En contraste, hemos situado por anticipado el plano del *discurso*. Hay que entender discurso en su sentido más amplio: toda enunciación que supone un locutor y un receptor, y con la intención del primero de influir en el segundo de alguna manera. En principio está la diversidad de los discursos orales de cualquier naturaleza y nivel, de la conversación trivial a la arenga más ornamentada. Pero está también el conjunto de escritos que reproducen los discursos orales o que toman de ellos la *apariencia* y los fines: correspondencia, memorias, teatro, obras didácticas; para resumir, todos los géneros en que una persona se dirige a otra, se enuncia como locutor y organiza lo que dice en la categoría de la persona. La distinción que hacemos entre relato histórico y discurso no coincide en absoluto con la establecida entre lengua escrita y lengua hablada. La enunciación histórica está reservada en la actualidad a la lengua escrita. Pero el discurso es tanto escrito como hablado. En la práctica se pasa de uno a otro instantáneamente. Cada vez que aparece un discurso en el seno de un relato histórico, por ejemplo cuando el historiador reproduce el habla de un personaje o que él mismo interviene para juzgar los sucesos contados,⁸ se pasa a otro sistema temporal, el del discurso. Es propio del lenguaje permitir estas transferencias instantáneas.

Indiquemos, a modo de paréntesis, que la enunciación histórica y la del discurso pueden conjuntarse a la vez en un tercer tipo de enunciación, donde el discurso es narrado en términos de suceso y transpuesto sobre el plano histórico; es lo que comúnmente se llama «discurso indirecto». Las reglas de esta transposi-

ción implican problemas que no serán examinados aquí.

Por los tiempos del verbo, el discurso se distingue claramente del relato histórico.⁹ El discurso emplea libremente todas las formas personales del verbo, tanto *yo/tú* como *él*. Explícita o no, la relación de persona está presente en todos lados. De este modo, la «tercera persona» no tiene el mismo valor que en el relato histórico; en éste, sin intervenir el narrador, la tercera persona no se opone a alguna otra, es en verdad una ausencia de persona. Pero en el discurso, un locutor opone una no-persona *él* a una persona *yo/tú*. Igualmente, el registro de los tiempos verbales es mucho más largo en el discurso: de hecho, todos los tiempos son posibles, salvo uno: el aoristo, desechado hoy en día de este plano de enunciación, mientras que es la forma típica de la historia. Es necesario subrayar, sobre todo, los tres tiempos fundamentales del discurso: presente, futuro y perfecto, excluidos todos del relato histórico (salvo el pluscuamperfecto). Común a ambos planos es el imperfecto.

La distinción aquí operada entre dos planos de enunciación al interior de la lengua coloca en una perspectiva diferente el fenómeno, llamado desde hace cincuenta años, la «desaparición de las formas simples del pretérito»¹⁰ en francés. El término «desaparición» seguramente no conviene: una forma sólo desaparece si su función ya no es necesaria o si otra forma la reemplaza de mejor manera. Se trata entonces de precisar la situación del aoristo en relación con el *doble* sistema de formas y funciones que constituye el verbo. Hay que observar dos relaciones diferentes: por un lado, es un hecho que el aoristo no se emplea en la lengua hablada, no forma parte de los tiempos verbales propios al discurso; por otro lado, como tiempo del relato histórico, el aoristo se mantiene fuerte: por ningún lado se encuentra amenazado y ningún tiempo podría suplirlo. Quienes lo creen en vías de extinción tan sólo deben intentar reemplazarlo en los fragmentos arriba citados. El resultado sería tal que ningún

autor se atrevería a presentar la historia en una perspectiva igual. Se puede asentar que cualquiera que sabe escribir y emprende el relato de sucesos pasados, emplea espontáneamente el aoristo como tiempo fundamental, que evoca estos sucesos a modo de historiador o los crea como novelista; en pos de la variedad, podrá cambiar de tono, multiplicar los puntos de vista y adoptar otros tiempos, pero deja entonces el plano del relato histórico. Nos harían falta estadísticas precisas, fundadas en detallados escrutinios de textos de todo tipo, libros y periódicos, y comparar el uso del aoristo desde hace cincuenta años, para establecer a todas luces que este tiempo verbal sigue siendo tan necesario como antes, en las estrictas condiciones de su función lingüística. Entre los textos que atestiguarían esto deberían incluirse también las traducciones, que nos informan sobre las equivalencias espontáneas que un autor encuentra para hacer pasar un relato escrito en otra lengua en el sistema temporal que conviene al francés.¹¹

Por el contrario, las estadísticas harían resaltar la rareza de los relatos históricos redactados totalmente en perfecto, y mostrarían cuán poco apto es el perfecto para acompañar la relación objetiva de los sucesos. Cualquiera puede verificarlo en una obra contemporánea donde la narración, de modo preconcebido, está del todo en perfecto;¹² sería interesante analizar los efectos de estilo que nacen de este contraste entre el tono del relato, que se quiere objetivo, y la expresión empleada, el perfecto en primera persona, forma autobiográfica por excelencia. El perfecto establece un lazo viviente entre el suceso pasado y el presente, donde encuentra lugar su evocación. Es el tiempo de éste el que relata los hechos como testigo, tomando parte; es por tanto el tiempo que también elegirá quienquiera que desee hacer resonar hasta nosotros el suceso contado y vincularlo a nuestro presente. Como el presente, el perfecto pertenece al sistema lingüístico del discurso, pues la marca temporal del perfecto es el momento del

discurso, mientras que la marca del aoristo es el momento del suceso.

Además, no sería necesario hablar del aoristo como una unidad global en su paradigma entero. Aún aquí la frontera pasa al interior del paradigma y separa los dos planos de enunciación en la alternativa de las formas personales. El discurso excluirá el aoristo, pero el relato histórico que lo emplea constantemente sólo retendrá sus formas de tercera persona. La consecuencia es que *nous arrivâmes* [nosotros llegamos] y sobre todo *vous arrivâtes* [ustedes llegaron] no se encuentran ni en el relato histórico —formas personales—, ni en el discurso —forma de aoristo—. En cambio, *il arriva* [él llegó], *ils arrivèrent* [ellos llegaron] se presentarán a cada instante bajo la pluma del historiador, y no tienen sustitutos posibles.

Los dos planos de enunciación se delimitan entonces en rasgos positivos y negativos:

- En la enunciación histórica son admitidos (en formas de tercera persona) el aoristo, el imperfecto, el pluscuamperfecto y el prospectivo; son excluidos el presente, el perfecto, el futuro (simple y compuesto);

- En la enunciación de discurso son admitidos todos los tiempos en todas sus formas; se excluye el aoristo (simple y compuesto).

Las exclusiones son tan importantes como los tiempos admitidos. Para el historiador, el presente,¹³ el perfecto y el futuro quedan excluidos porque la dimensión del presente es incompatible con la intención histórica; entonces el presente sería estrictamente el presente del historiador, pero éste no puede historiarse sin desmentir su propósito. Para que un suceso sea puesto como tal en la expresión temporal debe haber dejado de ser presente, debe ya no poder ser enunciado como presente. Por la misma razón se excluye el futuro: es sólo un presente proyectado hacia el porvenir, implica prescripción, obligación, certeza, que son modalidades subjetivas, no categorías históricas. Cuando surge una inminencia o debe acusarse una fatalidad en el relato de los sucesos, por el juego del encadenamiento histórico, el historiador usa el tiempo

que llamamos prospectivo («*il allait partir*» [él iba a partir], «*il devait tomber*» [él debía caer]).

En el discurso, al contrario, la exclusión está limitada al aoristo, tiempo histórico por excelencia. Introducido en el discurso, el aoristo parecerá pedante, literario. Para enunciar hechos pasados, el discurso emplea el perfecto, que es a la vez el equivalente funcional del aoristo, por tanto un tiempo, y también algo más que un tiempo.

Al hablar del perfecto nos encontramos ante otro gran problema, tanto de estructura formal como de empleo: ¿cuál es la relación entre tiempos simples y tiempos compuestos? Ni siquiera aquí los paradigmas de la conjugación enseñan el principio de la distribución, puesto que, como hemos visto, la distinción que hacemos entre dos planos de enunciación atraviesa la distinción entre tiempos simples y compuestos. Hemos constatado el hecho singular de que el pluscuamperfecto es común al discurso y a la historia, mientras que el perfecto pertenece sólo al discurso. Bajo estos aparentes desacuerdos se puede sin embargo reconocer una estructura coherente.

No es nuevo hacer notar que los tiempos simples y compuestos se reparten en dos grupos simétricos. Ignorando las formas nominales que, por otro lado, se conforman igual que las modales, tenemos:

| | |
|----------------------------------|---|
| <i>il écrit</i> [él escribe] | <i>il a écrit</i> [él ha escrito] |
| <i>il écrivait</i> [él escribía] | <i>il avait écrit</i> [él había escrito] |
| <i>il écrivit</i> [él escribió] | <i>il eut écrit</i> [él hubo escrito] ¹⁴ |
| <i>il écrira</i> [él escribirá] | <i>il aura écrit</i> [él habrá escrito] ¹⁵ |

sistema en expansión, donde las formas compuestas producen a su vez formas compuestas, llamadas sobrecompuestas:

| | |
|-----------------------|---|
| <i>il a écrit</i> | <i>il a eu écrit</i> [él ha tenido escrito] |
| <i>il avait écrit</i> | <i>il avait eu écrit, etc.</i> |

El paralelismo formal de ambas series en todos los tiempos es suficiente para mostrar que la relación misma entre formas simples y com-

puestas no es temporal. Y sin embargo, al mismo tiempo que se expulsa de esta oposición la temporalidad, hay que reintroducirla parcialmente, puesto que *il a écrit* funciona como forma temporal del pasado. ¿Cómo salir de esta contradicción? Reconociéndola y precisándola. *Il a écrit* se opone a la vez a *il écrit* y a *il écrivit*, pero no del mismo modo. La razón de ello es que *los tiempos compuestos tienen un doble estatuto*: en relación con los tiempos simples tienen dos tipos distintos de relaciones:

1º Los tiempos compuestos se oponen uno por uno a los tiempos simples en tanto que cada tiempo compuesto provee a cada tiempo simple de un correlativo en *perfecto*. Llamaremos «perfecto» a la totalidad de las formas compuestas (con *avoir* [haber] y *être* [ser]), cuya función —escuetamente definida, pero suficiente por el momento— consiste en presentar la idea de «acabada», con relación al momento considerado, y la situación «actual», resultante de esta consumación temporalizada.

Las formas de perfecto tienen un criterio formal: pueden construirse siempre como verbos de una proposición libre. Las ordenaremos en la siguiente serie:

| |
|--|
| perfecto de presente: <i>il a écrit</i> [él ha escrito] |
| perfecto de imperfecto: <i>il avait écrit</i> [él había escrito] |
| perfecto de aoristo: <i>il eut écrit</i> [él hubo escrito] |
| perfecto de futuro: <i>il aura écrit</i> [él habrá escrito] |

2º Los tiempos compuestos tienen otra función, distinta de la precedente: indican *anterioridad*. Este término se presta fácilmente a discusión, pero no encontramos otro mejor. A nuestro parecer, la anterioridad se determina siempre y exclusivamente con relación al tiempo simple correlativo; crea un vínculo lógico e intralingüístico, no refleja un lazo cronológico que sería puesto en la realidad objetiva, puesto que la anterioridad intralingüística mantiene el proceso *en el mismo tiempo* que es expresado por la forma correlativa simple. Ahí se encuen-

tra una noción propia a la lengua, original del todo, sin equivalente en el tiempo del universo físico. Se deben rechazar las aproximaciones de «anterioridad» tales como «pasado del pasado», «pasado del futuro», etc., según una terminología bastante difundida, a decir verdad despojada de sentido: hay sólo un pasado y no puede admitir calificación alguna: «pasado del pasado» es tan ininteligible como sería «infinito del infinito».

La marca formal de las formas de anterioridad es doble: 1) no pueden construirse como formas libres; 2) deben emplearse conjuntamente con formas verbales simples de un mismo nivel temporal. Se encontrarán las formas de anterioridad en proposiciones no libres introducidas por una conjunción como *quando*. Se ordenarán entonces así:

anterior de presente: *quand il a écrit une lettre (il l'envoie)*
[cuando ha escrito una carta (la envía)]

anterior de imperfecto: *quand il avait écrit... (il l'envoyait)*
[cuando había escrito... (la enviaba)]

anterior de aoristo: *quand il eut écrit... (il l'envoya)*
[cuando hubo escrito... (la envió)]

anterior de futuro: *quand il aura écrit... (il l'enverra)*
[cuando habrá escrito... (la enviará)]¹⁶

La prueba de que la forma de anterioridad no posee en sí misma referencia alguna al tiempo, es que dicha forma debe apoyarse sintácticamente sobre una forma temporal libre en la cual adopta la estructura formal para establecerse al mismo nivel temporal y desempeñar así una función propia. Por esto no puede admitirse *quand il a écrit... il envoya* [cuando él ha escrito... envió].

Los tiempos compuestos, que indican lo finalizado o la anterioridad, tienen la misma repartición que los tiempos simples en lo referente a los dos planos de enunciación. También pertenecen unos al discurso y los otros al relato. Para no provocar prejuicios, hemos formulado los ejemplos en tercera persona, forma común a los dos planos. El principio de distinción es el mismo: «*quand il a fini son travail,*

il rentre chez lui» [cuando *ha terminado* su trabajo, *regresa* a casa] es del discurso, a causa del presente, e igualmente del anterior de presente; «*quand il eut fini... il rentra*» [cuando hubo terminado... regresó] es un enunciado histórico, a causa del aoristo, y del anterior de aoristo.

La realidad de la distinción que hacemos entre formas de terminado y formas de anterioridad nos parece puesta en evidencia por otro indicio más. Según que se trate de unas o de otras, la estructura de las relaciones entre las formas temporales es diferente. En la categoría de lo cumplido la relación que se establece entre formas compuestas es simétrica a la que domina entre las formas simples correlativas: *il a écrit* [él ha escrito] e *il avait écrit* [él había escrito] están entre sí en la misma relación que *il écrit* [él escribe] e *il écrivait* [él escribía].

Se oponen por lo tanto sobre el eje del tiempo por una relación temporal paradigmática. Pero las formas de anterioridad no tienen relación temporal entre sí: al ser sintácticamente formas no libres, sólo pueden entrar en oposición con las formas simples de las que son correlatos sintácticos. En un ejemplo como «*Quand il a fait son travail, il part*» [Cuando *ha hecho* su trabajo, *se va*], el anterior de presente «(*quand*) *il a fait*» se opone al presente «*il part*», y debe su valor a este contraste. Es una relación temporal sintagmática.

Es éste el estatuto doble del perfecto. De allí proviene la situación ambigua de una forma como *il avait fait* [él había hecho], miembro de dos sistemas. Mientras es forma (libre) que expresa un hecho terminado, *il avait fait* se opone como imperfecto al presente *il a fait*, al aoristo *il eut fait*, etc.; pero en tanto es forma (no libre) de anterioridad, (*quand*) *il avait fait*, se opone a la forma libre *il faisait* y no tiene relación alguna con (*quand*) *il fait*, (*quand*) *il a fait*, etc. La sintaxis de lo enunciado decide la pertenencia de la forma de perfecto a una u otra de ambas categorías.

Toma lugar aquí un proceso de gran alcance que interesa al desarrollo de la lengua. Es la

equivalencia funcional entre *je fis* (*hice*) y *j'ai fait* (*he hecho*), que discrimina precisamente el plano del relato histórico y el del discurso. De hecho, la primera persona *je fis* no es admitida ni en el relato, por ser primera persona, ni en el discurso, por ser aoristo. Pero la equivalencia también vale para las otras formas personales. Se comprende por qué *je fis* ha sido suplantado por *j'ai fait*. Es a partir de la primera persona que debió comenzar el proceso: estaba ahí el eje de la subjetividad. A medida que el aoristo se especifica como tiempo del suceso histórico, se distancia del pasado subjetivo que, por tendencia inversa, se asocia a la marca de la persona en el discurso. Para un locutor que habla de sí, el tiempo fundamental es el «presente»; todo lo que asume como terminado enunciándolo en primera persona del perfecto se rechaza de modo infalible en pasado. La expresión se fija a partir de esto: para especificar el pasado subjetivo será suficiente emplear en el discurso la forma de hecho terminado. Así, de la forma de perfecto *j'ai lu ce livre* [*he leído este libro*], donde *j'ai lu* es una consumación de presente, se transporta uno a la forma temporal de pasado *j'ai lu ce livre l'anne dernière* [*he leído este libro el año pasado*]; *j'ai lu ce livre dès qu'il a paru* [*he leído este libro desde que ha aparecido*]. El discurso está entonces provisto de un tiempo pasado simétrico del aoristo del relato y que contrasta con él por el valor: *il fit* [*hizo*] objetiva el suceso separándolo del presente; por el contrario, *il a fait* coloca al suceso pasado en relación con nuestro presente.

Únicamente el sistema del discurso sufre en este apartado un alcance sensible: gana una distinción temporal, pero a cambio de la pérdida de una distinción funcional. La forma *j'ai fait* se torna ambigua y crea una deficiencia. En sí, *j'ai fait* es un perfecto que proporciona tanto la forma de lo terminado como la forma de anterioridad al presente *je fais*. Pero cuando *j'ai fait*, forma compuesta, pasa a ser el «aoristo del discurso», toma la función de forma simple, de manera que *j'ai fait* se descubre a la

vez perfecto –tiempo compuesto– y aoristo –tiempo simple–. El sistema ha puesto remedio a este desorden recreando la forma faltante. Frente al tiempo simple *j'ai fais*, está el tiempo compuesto *j'ai fait* para la noción de terminado. Ahora bien, puesto que *j'ai fait* se desliza a la categoría de tiempo simple, habrá necesidad de un nuevo tiempo compuesto que exprese a su vez el hecho consumado: ser el sobrecompuesto *j'ai eu fait*. Funcionalmente, *j'ai eu fait* es el nuevo perfecto de un *j'ai fait* que se convirtió en aoristo. Tal es el punto de partida de los tiempos sobrecompuestos. El sistema está separado de esta manera y los dos pares de oposiciones se vuelven nuevamente simétricos. Al presente *je mange* se opone un perfecto *j'ai mangé* que provee al discurso de 1) un hecho consumado de presente (por ejemplo: «*j'ai mangé; je n'ai plus faim*» [*he comido, ya no tengo hambre*]); 2) un anterior de presente (por ejemplo: «*quand j'ai mangé, je sors me promener*» [*cuando he comido, salgo a pasear*]). Una vez que *j'ai mangé* pasa a ser aoristo, se vuelve a crear un nuevo perfecto, *j'ai eu mangé* que a la vez da 1) un hecho consumado de aoristo (por ejemplo: «*j'ai eu mangé, mon repas en dix minutes*»); 2) un anterior de aoristo (por ejemplo: «*quand j'ai eu mangé, je suis sorti*»). Por otro lado, el paralelismo temporal es restablecido entre los dos planos de enunciación: a la pareja *il mangea* (aoristo)–*il eut mangé* (perfecto) del relato histórico, el discurso responde ahora con *il a mangé* (nuevo aoristo)–*il a eu mangé* (nuevo perfecto).

Hemos ofrecido tan sólo un somero bosquejo de un amplio tema que exigirá largos análisis y estadísticas detalladas. Lo esencial era hacer aparecer estas grandes divisiones, a veces poco visibles, que recorren el sistema temporal del verbo francés moderno. Unas, como la distinción del relato histórico y del discurso, crean dos subsistemas de tiempo y personas verbales; la otra, la del presente y la del perfecto, no es de orden temporal; pero para cada nivel temporal el perfecto tiene dos

funciones que distingue la sintaxis: función de hecho terminado y función de anterioridad, simétricamente repartidas, en parte por separación entre el relato y el discurso. La tabla de conjugación de un verbo francés, donde todos los paradigmas se alinean uniformemente, no permite sospechar que el sistema formal del verbo tiene una estructura doble (conjugación de presente y conjugación de perfecto), como doble es esta organización temporal, fundada en relaciones y oposiciones que son la realidad de la lengua.

Notas

¹ N.T. En francés, el pasado simple sólo se ocupa en la lengua escrita, mientras que en la lengua hablada se expresa este tiempo mediante el perfecto, que en español equivale al presente compuesto.

² No existirá, esperamos, inconveniente en que llamemos «aoristo» al tiempo que es el «pasado simple» o definido de nuestras gramáticas. El término «aoristo» no tiene en otra parte connotaciones bastante diferentes y precisas para crear aquí confusión y es preferible al de «pretérito», que correría el riesgo de ser confundido con «imperfecto».

³ Dejamos totalmente de lado las formas modales del verbo, así como las formas nominales (infinitivo, participio). Todo lo aquí dicho referente a las relaciones temporales vale igualmente para estas formas.

⁴ Entendiendo que la enunciación histórica de los sucesos es independiente de su verdad «objetiva». Sólo cuenta la intención «histórica» del escritor.

⁵ Ejemplo de «prospectivo».

⁶ Intrusión del discurso en el relato, con cambio correlativo de tiempo.

⁷ Reflexión del autor que escapa al plano del relato.

⁸ Es el caso de la nota anterior.

⁹ Hablamos siempre de los tiempos del «relato histórico» para evitar el término «tiempo narrativo» que tanta confusión ha creado. En la perspectiva que trazamos aquí, el aoristo es un «tiempo narrativo», pero el perfecto puede serlo también, lo que oscurecería la distinción esencial entre los dos planos de enunciación.

¹⁰ Es el título de un artículo de Meillet, publicado en 1909 y que ha sido recogido en *Linguistique historique et linguistique générale*, I.

¹¹ Para citar dos ejemplos de traducciones recientes, el traductor de la noveleta de Ernest Hemingway titulada *La Grande Rivière au coeur double* (en la colección *The Fifth Column and the Forty-nine First Stories*, en francés *Paradis perdu*, Paris, 1949) ha empleado continuamente el aoristo a lo largo de cuarenta páginas (con el imperfecto y el pluscuamperfecto). Salvo dos o tres frases de monólogo interior, el relato entero está, en francés, instalado en esta relación temporal, porque ninguna otra es posible. De igual modo, la versión francesa de Heyerdahl, *L'Expédition du Kon-Tiki*, presenta exclusivamente en aoristo, en capítulos enteros, la mayor parte del relato.

¹² Es el caso de *L'Étranger*, de Albert Camus. El empleo exclusivo del perfecto en este relato como tiempo de los sucesos ha sido comentado con detenimiento, pero desde otro punto de vista, por Jean-Paul Sartre, *Situations I*, pp. 117-118.

¹³ Aquí no hablamos, claro está, del «presente histórico» de las gramáticas, que es sólo un artificio de estilo.

¹⁴ Ejemplo: «en un instante él hubo escrito esa carta».

¹⁵ Ejemplo: «él habrá escrito esta carta en una hora».

¹⁶ N.T. En español no es utilizado este binomio; la forma común es «cuando él haya escrito... la enviará».

Un análisis, incluso sumario, de las formas clasificadas indistintamente como pronominales, conduce, pues, a reconocer en ellas clases de naturaleza harto diferente, y, en consecuencia, a distinguir entre la lengua como repertorio de signos y sistema de sus combinaciones, por una parte, y, por otra, la lengua como actividad manifestada en instancias de discurso que son caracterizadas como tales por índices propios.

CAPÍTULO XV

DE LA SUBJETIVIDAD EN EL LENGUAJE ¹

Si el lenguaje es, como dicen, instrumento de comunicación, ¿a qué debe semejante propiedad? La pregunta acaso sorprenda, como todo aquello que tenga aire de poner en tela de juicio la evidencia, pero a veces es útil pedir a la evidencia que se justifique. Se ocurren entonces, sucesivamente, dos razones. La una sería que el lenguaje aparece *de hecho* así empleado, sin duda porque los hombres no han dado con medio mejor ni siquiera tan eficaz para comunicarse. Esto equivale a verificar lo que deseábamos comprender. Podría también pensarse que el lenguaje presenta disposiciones tales que lo tornan apto para servir de instrumento; se presta a transmitir lo que le confío, una orden, una pregunta, un aviso, y provoca en el interlocutor un comportamiento adecuado a cada ocasión. Desarrollando esta idea desde un punto de vista más técnico, añadiríamos que el comportamiento del lenguaje admite una descripción conductista, en términos de estímulo y respuesta, de donde se concluye el carácter mediato e instrumental del lenguaje. ¿Pero es de veras del lenguaje de lo que se habla aquí? ¿No se lo confunde con el discurso? Si aceptamos que el discurso es lenguaje puesto en acción, y necesariamente entre partes, hacemos que asome, bajo la confusión, una petición de principio, puesto que la naturaleza de este "instrumento" es explicada por su situación como "instrumento". En cuanto al papel de transmisión que desempeña el lenguaje, no hay que dejar de observar por una parte que este papel puede ser confiado a medios no lingüísticos, gestos, mímica, y por otra parte, que nos dejamos equivocar aquí, hablando de un "instrumento", por ciertos procesos de transmisión que, en las sociedades humanas, son sin excepción posteriores al lenguaje y que imitan el funcionamiento de éste. Todos los sistemas de señales, rudimentarios o complejos, están en este caso.

En realidad la comparación del lenguaje con un instrumento —y con un instrumento material ha de ser, por cierto, para que la com-

¹ *Journal de Psychologie*, julio-sept., 1958, P. U. F.

paración sea sencillamente inteligible— debe hacernos desconfiar mucho, como cualquier noción simplista acerca del lenguaje. Hablar de instrumento es oponer hombre y naturaleza. El pico, la flecha, la rueda no están en la naturaleza. Son fabricaciones. El lenguaje está en la naturaleza del hombre, que no lo ha fabricado. Siempre propendemos a esa figuración ingenua de un período original en que un hombre completo se descubriría un semejante no menos completo, y entre ambos, poco a poco, se iría elaborando el lenguaje. Esto es pura ficción. Nunca llegamos al hombre separado del lenguaje ni jamás lo vemos inventarlo. Nunca alcanzamos el hombre reducido a sí mismo, ingeniándose para concebir la existencia del otro. Es un hombre hablante el que encontramos en el mundo, un hombre hablando a otro, y el lenguaje enseña la definición misma del hombre.

Todos los caracteres del lenguaje, su naturaleza inmaterial, su funcionamiento simbólico, su ajuste articulado, el hecho de que posea un *contenido*, bastan ya para tornar sospechosa esta asimilación a un instrumento, que tiende a disociar del hombre la propiedad del lenguaje. Ni duda cabe que en la práctica cotidiana el vaivén de la palabra sugiere un intercambio, y por tanto una “cosa” que intercambiaríamos; la palabra parece así asumir una función instrumental o vehicular que estamos prontos a hipostatizar en “objeto”. Pero, una vez más, tal papel toca a la palabra.

Una vez devuelta a la palabra esta función, puede preguntarse qué predisponía a aquella a garantizar ésta. Para que la palabra garantice la “comunicación” es preciso que la habilite el lenguaje, del que ella no es sino actualización. En efecto, es en el lenguaje donde debemos buscar la condición de esta aptitud. Reside, nos parece, en una propiedad del lenguaje, poco visible bajo la evidencia que la disimula, y que todavía no podemos caracterizar si no es sumariamente.

Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto*; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de “ego”.

La “subjetividad” de que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como “sujeto”. Se define no por el sentimiento que cada quien experimenta de ser él mismo (sentimiento que, en la medida en que es posible considerarlo, no es sino un reflejo), sino como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia. Pues bien, sostenemos que esta “subjetividad”, póngase en fenome-

logía o en psicología, como se guste, no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje. Es “ego” quien *dice* “ego”. Encontramos aquí el fundamento de la “subjetividad”, que se determina por el estatuto lingüístico de la “persona”.

La conciencia de sí no es posible más que si se experimenta por contraste. No empleo yo sino dirigiéndome a alguien, que será en mi alocución un *tú*. Es esta condición de diálogo la que es constitutiva de la *persona*, pues implica en reciprocidad que me torne *tú* en la alocución de aquel que por su lado se designa por yo. Es aquí donde vemos un principio cuyas consecuencias deben desplegarse en todas direcciones. El lenguaje no es posible sino porque cada locutor se pone como *sujeto* y remite a sí mismo como yo en su discurso. En virtud de ello, yo plantea otra persona, la que, exterior y todo a “mi”, se vuelve mi eco al que digo *tú* y que me dice *tú*. La polaridad de las personas, tal es en el lenguaje la condición fundamental, de la que el proceso de comunicación, que nos sirvió de punto de partida, no pasa de ser una consecuencia del todo pragmática. Polaridad por lo demás muy singular en sí, y que presenta un tipo de oposición cuyo equivalente no aparece en parte alguna, fuera del lenguaje. Esta polaridad no significa igualdad ni simetría: “ego” tiene siempre una posición de trascendencia con respecto a *tú*; no obstante, ninguno de los dos términos es concebible sin el otro; son complementarios, pero según una oposición “interior/exterior”, y al mismo tiempo son reversibles. Búsquese un paralelo a esto; no se hallará. Única es la condición del hombre en el lenguaje.

Así se desploman las viejas antinomias del “yo” y del “otro”, del individuo y la sociedad. Dualidad que es ilegítimo y erróneo reducir a un solo término original, sea éste el “yo”, que debiera estar instalado en su propia conciencia para abrirse entonces a la del “prójimo”, o bien sea, por el contrario, la sociedad, que preexistiría como totalidad al individuo y de donde éste apenas se desgajaría conforme adquiriese la conciencia de sí. Es en una realidad dialéctica, que engloba los dos términos y los define por relación mutua, donde se descubre el fundamento lingüístico de la subjetividad.

Pero ¿tiene que ser lingüístico dicho fundamento? ¿Cuáles títulos se arroga el lenguaje para fundar la subjetividad?

De hecho, el lenguaje responde a ello en todas sus partes. Está marcado tan profundamente por la expresión de la subjetividad que se pregunta uno si, construido de otra suerte, podría seguir funcionando y llamarse lenguaje. Hablamos ciertamente del lenguaje, y no

solamente de lenguas particulares. Pero los hechos de las lenguas particulares, concordantes, testimonian por el lenguaje. Nos conformaremos con citar los más aparentes.

Los propios términos de que nos servimos aquí, yo y tú, no han de tomarse como figuras sino como formas lingüísticas, que indican la "persona". Es un hecho notable —mas ¿quién se pone a notarlo, siendo tan familiar?— que entre los signos de una lengua, del tipo, época o región que sea, no falten nunca los "pronombres personales". Una lengua sin expresión de la persona no se concibe. Lo más que puede ocurrir es que, en ciertas lenguas, en ciertas circunstancias, estos "pronombres" se omitan deliberadamente; tal ocurre en la mayoría de las sociedades del Extremo Oriente, donde una convención de cortesía impone el empleo de perífrasis o de formas especiales entre determinados grupos de individuos, para remplazar las referencias personales directas. Pero estos usos no hacen sino subrayar el valor de las formas evitadas; pues es la existencia implícita de estos pronombres la que da su valor social y cultural a los sustitutos impuestos por las relaciones de clase.

Ahora bien, estos pronombres se distinguen en esto de todas las designaciones que la lengua articula: *no remiten ni a un concepto ni a un individuo*.

No hay concepto "yo" que englobe todos los yo que se enuncian en todo instante en boca de todos los locutores, en el sentido en que hay un concepto "árbol" al que se reducen todos los empleos individuales de *árbol*. El "yo" no denomina, pues, ninguna entidad léxica. ¿Podrá decirse entonces que yo se refiere a un individuo particular? De ser así, se trataría de una contradicción permanente admitida en el lenguaje, y la anarquía en la práctica: ¿cómo el mismo término podría referirse indiferentemente a no importa cuál individuo y al mismo tiempo identificarlo en su particularidad? Estamos ante una clase de palabras, los "pronombres personales", que escapan al estatuto de todos los demás signos del lenguaje. ¿A qué yo se refiere? A algo muy singular, que es exclusivamente lingüístico: yo se refiere al acto de discurso individual en que es pronunciado, y cuyo locutor designa. Es un término que no puede ser identificado más que en lo que por otro lado hemos llamado instancia de discurso, y que no tiene otra referencia que la actual. La realidad a la que remite es la realidad del discurso. Es en la instancia de discurso en que yo designa el locutor donde éste se enuncia como "sujeto". Así, es verdad, al pie de la letra, que el fundamento de la subjetividad

está en el ejercicio de la lengua. Por poco que se piense, se advertirá que no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo.

El lenguaje está organizado de tal forma que permite a cada locutor *apropiarse* la lengua entera designándose como yo.

Los pronombres personales son el primer punto de apoyo para este salir a luz de la subjetividad en el lenguaje. De estos pronombres dependen a su vez otras clases de pronombres, que comparten el mismo estatuto. Son los indicadores de la *deixis*, demostrativos, adverbios, adjetivos, que organizan las relaciones espaciales y temporales en torno al "sujeto" tomado como punto de referencia: "esto, aquí, ahora", y sus numerosas correlaciones "eso, ayer, el año pasado, mañana", etc. Tienen por rasgo común definirse solamente por relación a la instancia de discurso en que son producidos, es decir bajo la dependencia del yo que en aquélla se enuncia.

Fácil es ver que el dominio de la subjetividad se agranda más y tiene que anexarse la expresión de la temporalidad. Cualquiera que sea el tipo de lengua, por doquier se aprecia cierta organización lingüística de la noción de tiempo. Poco importa que esta noción se marque en la flexión de un verbo o mediante palabras de otras clases (partículas; adverbios; variaciones léxicas, etc.) —es cosa de estructura formal. De una u otra manera, una lengua distingue siempre "tiempos"; sea un pasado y un futuro, separados por un presente, como en francés o en español; sea un presente-pasado opuesto a un futuro, o un presente-futuro distinguido de un pasado, como en diversas lenguas amerindias, distinciones susceptibles a su vez de variaciones de aspecto, etc. Pero siempre la línea divisoria es una referencia al "presente". Ahora, este "presente" a su vez no tiene como referencia temporal más que un dato lingüístico: la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe. El asidero temporal del presente no puede menos de ser interior al discurso. El *Dictionnaire général* define el "presente" como "el tiempo del verbo que expresa el tiempo en que se está". Pero cuidémonos: no hay otro criterio ni otra expresión para indicar "el tiempo en que se *está*" que tomarlo como "el tiempo en que se *habla*". Es éste el momento eternamente "presente", pese a no referirse nunca a los mismos acontecimientos de una cronología "objetiva", por estar determinado para cada locutor por cada una de las instancias de discurso que le tocan. El tiempo lingüístico es *sui-referencial*. En último análisis la temporalidad humana con todo

su aparato lingüístico saca a relucir la subjetividad inherente al ejercicio mismo del lenguaje.

El lenguaje es pues la posibilidad de la subjetividad, por contener siempre las formas lingüísticas apropiadas a su expresión, y el discurso provoca la emergencia de la subjetividad, en virtud de que consiste en instancias discretas. El lenguaje propone en cierto modo formas "vacías" que cada locutor en ejercicio de discurso se apropia, y que refiere a su "persona", definiendo al mismo tiempo él mismo como yo y una pareja como tú. La instancia de discurso es así constitutiva de todas las coordenadas que definen el sujeto, y de las que apenas hemos designado sumariamente las más aparentes.

La instalación de la "subjetividad" en el lenguaje crea, en el lenguaje y —creemos— fuera de él también, la categoría de la persona. Tiene por lo demás efectos muy variados en la estructura misma de las lenguas, sea en el ajuste de las formas o en las relaciones de la significación. Aquí nos fijamos en lenguas particulares, por necesidad, a fin de ilustrar algunos efectos del cambio de perspectiva que la "subjetividad" puede introducir. No podríamos decir cuál es, en el universo de las lenguas reales, la extensión de las particularidades que señalamos; de momento es menos importante delimitarlas que hacerlas ver. El español ofrece algunos ejemplos cómodos.

De manera general, cuando empleo el presente de un verbo en las tres personas (según la nomenclatura tradicional), parecería que la diferencia de persona no acarree ningún cambio de sentido en la forma verbal conjugada. Entre *yo como*, *tú comes*, *él come*, hay en común y de constante que la forma verbal presenta una descripción de una acción, atribuida respectivamente, y de manera idéntica, a "yo", a "tú", a "él". Entre *yo sufro* y *tú sufres* y *él sufre* hay parecidamente en común la descripción de un mismo estado. Esto da la impresión de una evidencia, ya implicada por la ordenación formal en el paradigma de la conjugación.

Ahora bien, no pocos verbos escapan a esta permanencia del sentido en el cambio de las personas. Los que vamos a tocar denotan disposiciones u operaciones mentales. Diciendo *yo sufro* describo mi estado presente. Diciendo *yo siento* (*que el tiempo va a cambiar*), describo una impresión que me afecta. Pero ¿qué pasará si, en lugar de *yo siento* (*que el tiempo va a cambiar*), digo: *yo creo* (*que el tiempo va a cambiar*)? Es completa la simetría formal entre *yo siento* y *yo*

creo. ¿Lo es en el sentido? ¿Puedo considerar este *yo creo* como una descripción de mí mismo a igual título que *yo siento*? ¿Acaso me describo creyendo cuando digo *yo creo* (*que...*)? De seguro que no. La operación de pensamiento no es en modo alguno el objeto del enunciado; *yo creo* (*que...*) equivale a una aserción mitigada. Diciendo *yo creo* (*que...*), convierto en una enunciación subjetiva el hecho afirmado impersonalmente, a saber, *el tiempo va a cambiar*, que es la auténtica proposición.

Consideremos también los enunciados siguientes: "Usted es, *supongo* yo, el señor X... — *Presumo* que Juan habrá recibido mi carta. — Ha salido del hospital, de lo cual *concluyo* que está curado." Estas frases contienen verbos de operación: *suponer*, *presumir*, *concluir*, otras tantas operaciones lógicas. Pero *suponer*, *presumir*, *concluir*, puestos en la 1ª persona, no se conducen como lo hacen, por ejemplo, *razonar*, *reflexionar*, que sin embargo parecen vecinos cercanos. Las formas *yo razono*, *yo reflexiono* me describen razonando, reflexionando. Muy otra cosa es *yo supongo*, *yo presumo*, *yo concluyo*. Diciendo *yo concluyo* (*que...*), no me describo ocupado concluyendo, ¿qué podría ser la actividad de "concluir"? No me represento en plan de suponer, de presumir, cuando digo *yo supongo*, *yo presumo*. Lo que indica *yo concluyo* es que, de la situación planteada, extraigo una relación de conclusión concerniente a un hecho dado. Es esta relación lógica la que es instaurada en un verbo personal. Lo mismo *yo supongo*, *yo presumo* están muy lejos de *yo pongo*, *yo resumo*. En *yo supongo*, *yo presumo* hay una actitud indicada, no una operación descrita. Incluyendo en mi discurso *yo supongo*, *yo presumo*, implico que adopto determinada actitud ante el enunciado que sigue. Se habrá advertido en efecto que todos los verbos citados van seguidos de *que* y una proposición: ésta es el verdadero enunciado, no la forma verbal personal que la gobierna. Pero esta forma personal, en compensación, es, por así decirlo, el indicador de subjetividad. Da a la aserción que sigue el contexto subjetivo —duda, presunción, inferencia— propio para caracterizar la actitud del locutor hacia el enunciado que profiere. Esta manifestación de la subjetividad no adquiere su relieve más que en la primera persona. Es difícil imaginar semejantes verbos en la segunda persona, como no sea para reanudar *verbatim* una argumentación: *tú supones que se ha ido*, lo cual no es sino una manera de repetir lo que "tú" acaba de decir: "*Supongo que se ha ido*." Pero recórtese la expresión de la persona y no se deje más que: *él supone*

que... y lo único que queda, desde el punto de vista del yo que la enuncia, es una simple verificación.

Se discernirá mejor aún la naturaleza de esta "subjetividad" considerando los efectos de sentido que produce el cambio de las personas en ciertos verbos de palabra. Son verbos que denotan por su sentido un acto individual de alcance social: *jurar*, *prometer*, *garantizar*, *certificar*, con variantes locucionales tales como *comprometerse a...*, *obligarse a conseguir...* En las condiciones sociales en que la lengua se ejerce, los actos denotados por estos verbos son considerados compelentes. Pues bien, aquí la diferencia entre la enunciación "subjetiva" y la enunciación "no subjetiva" aparece a plena luz, no bien se ha caído en la cuenta de la naturaleza de la oposición entre las "personas" del verbo. Hay que tener presente que la "3ª persona" es la forma del paradigma verbal (o pronominal) que *no* remite a una persona, por estar referida a un objeto situado fuera de la alocución. Pero no existe ni se caracteriza sino por oposición a la persona yo del locutor que, enunciándola, la sitúa como "no-persona". Tal es su estatuto. La forma *él...* extrae su valor de que es necesariamente parte de un discurso enunciado por "yo".

Pero *yo juro* es una forma de valor singular, por cargar sobre quien se enuncia yo la realidad del juramento. Esta enunciación es un *cumplimiento*: "jurar" consiste precisamente en la enunciación *yo juro*, que liga a Ego. La enunciación *yo juro* es el acto mismo que me comprometo, no la descripción del acto que cumplo. Diciendo *prometo*, *garantizo*, prometo y garantizo efectivamente. Las consecuencias (sociales, jurídicas, etc.) de mi juramento, de mi promesa, arrancan de la instancia de discurso que contiene *juro*, *prometo*. La enunciación se identifica con el acto mismo. Mas esta condición no es dada en el sentido del verbo; es la "subjetividad" del discurso la que la hace posible. Se verá la diferencia remplazando *yo juro* por *él jura*. En tanto que *yo juro* es un comprometerme, *él jura* no es más que una descripción, en el mismo plano que *él corre*, *él fuma*. Se ve aquí, en condiciones propias a estas expresiones, que el mismo verbo, según sea asumido por un "sujeto" o puesto fuera de la "persona", adquiere valor diferente. Es una consecuencia de que la instancia de discurso que contiene el verbo plantee el acto al mismo tiempo que funda el sujeto. Así el acto es consumado por la instancia de enunciación de su "nombre" (que es "jurar"), a la vez que el sujeto es planteado por la instancia de enunciación de su indicador (que es "yo").

Bastantes nociones en lingüística, quizá hasta en psicología, aparecerán bajo una nueva luz si se las restablece en el marco del discurso, que es la lengua en tanto que asumida por el hombre que habla, y en la condición de *intersubjetividad*, única que hace posible la comunicación lingüística.